



“I. Geografía”

p. 1-24

Pedro Bosch-Gimpera

El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPITULO I

GEOGRAFIA

Para explicarse satisfactoriamente la complejidad del proceso del poblamiento peninsular, lo mismo que la de su evolución etnológica e histórica, es preciso no perder de vista ningún momento *la refracción, en la diversidad geográfica de la Península, de su abigarrada variedad de elementos étnicos*. Esta determina la infinidad de sus matices y mezclas, las evoluciones locales diferenciadas y su persistencia tenaz que actúa en forma retardataria, muchas veces, de la evolución y de su asimilación al ritmo de la historia general europea, imprimiendo a todo un sello de primitivismo y de tradicionalismo, que dificulta la consolidación de las grandes superestructuras que han intentado repetidamente abarcar toda la Península y que, al romperse o fracasar, dejan al descubierto, de nuevo, la variedad hispánica. Pero estos hechos, determinantes de una riqueza prodigiosa de fenómenos complejísimos, van unidos a la espontaneidad y a la fecundidad en la creación, y aun en la improvisación, de valores culturales de toda clase y a la facilidad de asimilación de los forasteros, que se transforman y funden con los propios, dando a todo producto de las culturas hispánicas un sello vivacísimo de personalidad.¹ Esta personalidad se des-

arrolla en el marco de grupos locales o regionales reducidos y en función de las comarcas naturales, con un sello de robusta individualidad profundamente anárquica y apasionada, que frustra llegar a organizaciones de tipo general y que limita la incorporación a ideales universales, los que, aunque se han solido considerar como otra característica típicamente española, son, por el contrario, casi siempre fruto de las superestructuras históricas y, por ello precisamente, encuentran obstáculos insuperables en el carácter esencial de los pueblos de España.

1. *El conjunto peninsular*

España,² o más propiamente la Península ibérica, es un promontorio gigantesco de Europa enfrentado con Africa, a la que casi toca con la punta de Tarifa, separada sólo 14 kilómetros de ella, mediante la parte más angosta del estrecho de Gibraltar que comunica los dos mares. La masa peninsular mantiene una altitud media de 700 m., con su ciudadela interior, las grandes *mesetas centrales*, sobre las que se levantan sus macizos montañosos, limitados al Norte por la cadena cántabro-pirenaica que, en su extremo oriental, la une y a la vez la separa de Europa. A lo largo del pentágono formado por la Península, en el borde, yacen de espaldas a las sierras que delimitan la meseta, excepto en la parte occidental, en que la transición es menos brusca, las *costas* estrechas, con valles litorales o con verdaderos fiords, base de las comunicaciones marítimas mediterráneas y atlánticas. La comunicación con las mesetas interiores, si no es en el ángulo sudoeste (Guadalquivir, Guadiana, Tajo), se hace difícil y sólo se logra salvando puertos de más de 1,500 metros de altitud, a veces, o por los valles de los ríos que casi nunca son un camino, ni siquiera el mismo Ebro. Nada de extrañar tiene que ciertas civilizaciones no rocen más que las costas y que el interior se mantenga en vivo con-

traste con ellas, así como que, según el centro de gravedad de la vida española se halle en la costa o en la meseta, su curso tome caracteres muy distintos.

2. *La altiplanicie central y sus apéndices*

La gran altiplanicie central es, a su vez, dividida en distintas mesetas, aisladas por grandes macizos montañosos, constituyendo las brechas que quedan entre ellos los caminos naturales, nada fáciles tampoco, de comunicación o de invasión. Así resultan las grandes regiones geográficas interiores de la Península.

a) *La meseta norte.*—En ella, la altiplanicie castellano-leonesa, con la Tierra de Campos en su centro, se halla encerrada totalmente: 1), por la *cordillera cantábrica*; 2), por la primera etapa de la serie de *macizos* que, en sentido transversal, forman el *margin de la meseta* (sistema marginal ibérico: Peña de Amaya, Montes de Oca, sierras de la Demanda y Cebollera, Moncayo), separada aquí de la fosa del Ebro, a donde conduce el desfiladero de Pancorbo; 3), por la *cordillera divisoria castellana* (Guadarrama, Gredos, Sierra de Francia y Gatas, prolongada a través de Portugal por la sierra da Estrella); 4), al oeste por la *unión del recodo galaico-astur* de la cordillera cantábrica, en su prolongación asturiana y gallega, con las *sierras del norte de Portugal* derivadas de ella (cimias de Mogadouro). Después de éstas se abre la *brecha* por donde sale el *Duero* de la meseta.

b) *Los apéndices de la meseta norte: Galicia y Portugal, las comarcas cantábricas y vascas.*—Pasado el reducto cerrado por los montes de León, en que termina el ángulo NO. de la meseta (el Bierzo), los pasos de dicho recodo (formado por las sierras de Picos, Caurel, Eje y Queijo) llevan a *Galicia* por sus puertos

de montaña o por el valle del Sil. Este se une al Miño, nacido entre las montañas en que se esfuma la vertiente occidental del recodo galaico-astur, bajando el Miño a los valles costeros del *norte de Portugal*, que se unen con los de la desembocadura del Duero y de las vertientes atlánticas de los montes de Beira y de la sierra da Estrella. En su ángulo SO., la meseta superior termina en la región de Salamanca y en la comarca de La Berzosa, desde donde, por Ciudad Rodrigo, los caminos llevan a la *alta cuenca del Coa*, encerrada en el reducto formado por el recodo Gata-Mesas-Estrella al S. y las sierras de Lapa y Marofa al N., entre las cuales se abre paso el Coa.

Esta configuración da lugar a la individualidad de los grupos que se fijan en estas comarcas cerradas y relacionadas a la vez entre sí: Galicia, Portugal, Asturias, la Montaña, Castilla-León.

La *alta cuenca del Ebro* y sus dependencias (Alava, Rioja, Navarra) entre el Centro, la costa N. y el E. de España, con sus conexiones con los valles vascos del occidente del Pirineo a través de Vizcaya y Guipúzcoa, forma un laberinto de comarcas montañosas que establecen la relación con Francia. Por el oeste, la alta cuenca del Ebro, arrancando del nudo de Peña Labra y Peña Prieta, próximo al recodo de los Picos de Europa, está en relación con otro laberinto de comarcas cerradas (Villarcayo, La Lora, Liébana, La Montaña de Santander), intermedias entre la meseta, la costa cantábrica y los valles asturianos.

c) *La meseta meridional*.—Al sur de la cordillera divisoria castellana, la meseta inferior resulta separada de la fosa del Ebro por el *segundo grupo de nudos montañosos marginales ibéricos* (serranía de Cuenca y macizos aragoneses) y relacionada con aquélla por la *brecha del Jalón*, que recoge las aguas del Jiloca procedentes del rincón montañoso sur aragonés. La *divisoria horizontal* secundaria de los montes de Toledo, sierras

de Guadalupe, de Montánchez y de San Pedro, forma la separación natural entre las cuencas altas del Tajo y del Guadiana, nacidos ambos propiamente en el nudo de la serranía de Cuenca (el Guadiana mediante sus afluentes Záncara y Gigüela). Estas cuencas quedan abiertas y descienden poco a poco hacia la llanura de la costa sudoccidental portuguesa. Los valles de dichos ríos, al principiar a descender en el occidente de la meseta, forman la *Extremadura española*, cerrándola, en la cuenca del Guadiana, la ondulación de pliegues de las sierras Madrona, Almadén y Hornachos, por el este.

En la parte oriental, desde los valles que forman el alto sistema del Tajo (Alcarria y la llanura madrileña-toledana) se pasa insensiblemente a la planicie de la *Mancha*, que termina la meseta inferior contra las sierras al sur de Albacete. A través de ellas se abren las *salidas naturales al Mediterráneo*, por Almansa y Játiba a la llanura valenciana, por Villena a Alicante y por Hellín, Cieza y Archena a la vega de Murcia.

Entre la Mancha, que inicia el descenso y las tierras altas de la serranía de Cuenca, un *escalón* más alto intermedio forma el *origen del Júcar* y sus afluentes que, bordeando el macizo de la serranía de Cuenca y sus estribaciones meridionales, va a morir a la llanura valenciana.

3. *El valle del Guadalquivir y Andalucía*

Al sur, la meseta es bordeada por el sistema montañoso de Sierra Morena, continuado al otro lado del Guadiana por las sierras del Algarve, ya en Portugal. A través de estas sierras se abren los pasos que llevan a Sevilla (entre las sierras de Aroche, Aracena y de Tudia), a Córdoba (valle de los Pedroches) o al alto Guadalquivir (Despeñaperros).

La sierra Morena limita el *hundimiento que forma el valle del Guadalquivir*, abierto al Atlántico. Este valle era origina-

riamente un golfo de ese mar, rellenado por los aluviones y separado del Mediterráneo por la espina Penibética. Esta se origina en los *nudos unidos con el extremo de Sierra Morena* (sierras de Alcaraz, La Sagra en donde nace el Segura que fecundiza la vega de Murcia, la Sierra Segura), a través de las sierras de María, Estancias y Baza y tiene derivaciones hacia el este (Espuña, Filabres) o hacia el oeste (Magina y Jabalcuz, Lucena y Priego). Las últimas determinan la *cuenca del Genil*, afluente del Guadalquivir, y siguen en dirección a Gibraltar a través de Sierra Nevada y de sus prolongaciones occidentales (Alhama, Abdalajis, Ronda, Bermeja). Estas, con sus estribaciones y contrafuertes meridionales, bordean la *costa*, dejando en ella los rincones de Málaga y Vélez Málaga, de Motril, Adra y Almería hasta el Cabo de Gata y, en el interior, forman la comarca abrupta de *Las Alpujarras*.

He aquí cómo Andalucía, constituida por el valle del Guadalquivir y sus bordes montañosos es, asimismo, un territorio complejo y de fuertes contrastes, con zonas de arrinconamiento cerradas, formando con todo una gran unidad geográfica intermedia entre África y Europa, en contraste marcado con la meseta y, en cambio, desde aquella se pasa insensiblemente a Murcia y Valencia por el este y al sur de Portugal por el oeste.

4. *La fosa del Ebro*

La fosa del Ebro y sus límites montañosos ofrecen, asimismo, una gran complejidad y en ella se delimitan comarcas con individualidad bien marcada. La depresión, propiamente, empieza en la Rioja, después de salvar el río, en Haro, el desfiladero entre la sierra de Pancorbo y la sierra de Cantabria, contraba-

rrera paralela a la cordillera cántabro-pirenaica. Esta contrabarrera bordea la fosa, se prolonga por el monte Jurra y la Higa de Monreal y va a unirse con las sierras de la Peña y de Guara.

Al lado norte quedan las *comarcas* netamente *pirenaicas* de *Navarra* (Estella, Pamplona y Sangüesa, el Roncal) y del primitivo *Aragón* (valles de Ansó, Hecho y Jaca).

Entre estas tierras altas pirenaicas y la fosa del Ebro, forma la transición a ella, hasta el nivel de Zaragoza, un *escalón intermedio*, atravesado por los ríos nacidos más allá de la contrabarrera (los ríos Ega, Arga, Aragón y Gállego), escalón que delimitan los montes de Las Bardenas, del Castellar (Castejón y Zuera) y del sur de Huesca (Sierra de Alcubierre).

La cuenca del Ebro está delimitada al oeste por los macizos de la sierra de la Demanda al Moncayo y con los rincones que forman sus derivaciones, dependencias de la cuenca del Ebro (Cameros, Calahorra, Alfaro, Tudela-Tarazona-Borja, bajo Jaón). El marco montañoso de la llanura del Ebro, desde Zaragoza hasta el nivel de Caspe-Fayón, viene a cerrarse en el este en el sistema de las sierras catalanas, por las que el río se abre paso entre desfiladeros (“Pas del Ase” de Fayón).

El gran triángulo de su cuenca está bordeado al sur por los macizos de las sierras marginales ibéricas que, desde el Moncayo, siguen por las sierras de la Virgen y Vicor, entre las cuales pasa el Jalón, y el complejo Cucalón-San Justo-Gúdar-Javalambre, que forman un recodo, entre las provincias de Teruel, Valencia y Castellón que viene a unirse con las sierras costeras valenciano-catalanas. De este recodo, al nivel de la sierra de San Justo, arranca el río Alfambra que, en Teruel, se une con el Guadalaviar, salido del rincón entre la sierra de Albarracín y los Montes Universales (en contacto con la serranía de Cuenca) y que desciende hacia la costa de Valencia. Desde la sierra de Gúdar,

el recodo corre ya paralelo a la costa, constituyendo la sierra marginal valenciana (Peña Golosa, Monte de Ares, montes del Maestrazgo, Caro), terminando en las sierras de los Caballos y en la unión con las sierras catalanas marginales.

Dentro del recodo montañoso aludido, en el descenso hacia el Ebro, se hallan los *escalones del bajo Aragón*, simétricos de los del norte del río, que se forman entre el Gállego y el Segre, en los valles medios del Isuela, el Alcanadre y el Cinca, entre la sierra de Alcubierre y los Monegros por una parte y la prolongación de la contrabarrera pirenaica, de otra (Guara-Arbe-Montsech). El extremo oriental de estos escalones forman, en Cataluña ya, los valles de Ager, Camarasa y Artesa y los llanos de Urgel.

La cuenca del Ebro, desde su principio al mar, está constituida, pues, en cierto modo, por tres compartimientos estancos. Su parte alta, desde Reinoso y a través de las comarcas de Sedano, Villarcayo y Valdegobia hasta el valle de Miranda, está en relación con Asturias, con la Montaña, con el país vasco y con la alta Navarra, de una parte; de otra, con los páramos de La Lora, y con la Bureba, avanzada de la meseta castellana a través de Pancorbo, la puerta de entrada en aquélla.

El *valle central* del Ebro se extiende desde Haro y la Rioja hasta Fayón, con el punto medio en Zaragoza, aglutinador de las tierras aragonesas desde las pirenaicas hasta Teruel.

La *baja cuenca*, en Cataluña, es netamente mediterránea, hallándose sin comunicación fácil con la central y separada de ella por los montes de la costa entre los que el río se abre paso. Antes de penetrar en la llanura de Tortosa y en el delta de la desembocadura, forma el valle de Mora, a donde van a parar los caminos de montaña del bajo Aragón, por Gandesa, y del campo de Tarragona, por las sierras de Prades y, antes de salir a la llanura, el río tiene todavía que salvar el estrecho paso de Miravet.

5. El Pirineo

El *alto Pirineo*, desde *Jaca* a la *Cerdeña*, queda encerrado por el *Pirineo propiamente dicho* al norte y la *contrabarrera* *Gua-ra-Arbe-Montsch-Comiols-Cadí-Puigmal*. La alta sierra pirenaica está determinada, al nivel de Aragón, por los picos de los macizos centrales: *Pic d'Anie* y *Pic de Ger*, *Pic du Midi d'Ossau* (entre ellos el valle de *Ossau* en Francia conduce por el *Somport* al valle de *Canfranc* y de él por el alto valle de Aragón a *Jaca*), *Pic de Vignemale*, círculo de *Gavarnie*, macizo de la *Maladetta*, con el *Pic d'Aneto*. Desde el macizo de la *Maladetta* la alta sierra se esfuma en las sierras del norte del *Ribagorza* y *Pallars*, dejando entre ellas y la segunda etapa de dicha alta cordillera, al nivel de *Cataluña*, la brecha del *valle de Arán*, con el nacimiento de *Garona* abierto hacia Francia y cerrado al sudoeste por las montañas, de cuya vertiente catalana arranca el *Noguera Pallaresa* y que permite salvar el *Port de la Bonaigua*. El segundo tramo de la alta cordillera, comienza a la altura del *Valle de Arán* con la sierra *Escarchada* y sigue determinada por el *Pic de Montvalier*, el *Pic de Montcalm*, el *Pic de Casamanya*, el *Pic de Campcardós* y el *Pic Carlitte*, después del cual se forma el recodo montañoso que va a unirse con el *Puigmal*, inicio de la *contrabarrera meridional*. Entre el *Pic de Campcardós* y el *Carlitte* comienza la brecha del *Ariège*, con el *Col de Puymorens*; al oeste quedan encerrados en la vertiente catalana los *valles de Andorra* y al este del *Carlitte* nace el río *Aude*. La unión del sistema del *Pic Carlitte* con el *Puigmal*, que permite salvar el *Col de la Perche*, es la divisoria entre la *Cerdeña* y el alto valle del *Tet*.

La alta región pirenaica es dividida por *sierras transversales secundarias* que forman las tres grandes regiones: *Sobrarbe* (con los valles de *Biescas*, *Broto*, *Bielsa* y *Gistain* y en la parte meridional *Ainsa* y el descenso del *Cinca*) desde *Vignemale* a la *Ma-*

ladetta; *Ribagorza*, *Pallars* (comunicando esta última con el valle del Arán por el Col de la Bonaigua), el *Alto Urgell* comunicando con Andorra y su prolongación en la *Cerdaña*. Tales comarcas vienen a formar la intersección entre Aragón, Cataluña y los territorios pirenaicos franceses, dejando encerrados al nivel de Cataluña los valles de Arán y de Andorra.

En la *vertiente francesa*, una zona pirenaica paralela a la española corre también desde el Atlántico al Mediterráneo, más estrecha y confusa al oeste (país vasco-francés, Béarn, Bigorra) y más clara desde la meseta de Lannemezan, a partir del nivel del círculo de Gavarnie. Aunque con grandes aberturas, la separan de la llanura del Garona los *Pequeños Pirineos* y la *cadena de Plantaurel*, equivalentes a la contrabarrera española: estos montes delimitan, en Francia, las comarcas del Comminges y Cousserans, y de Foix (valle del Ariège), en relación con la Cerdaña por el Col de Puymorens).

Del extremo oriental del Pirineo y del recodo que forma la unión del Carlitte con el arranque de la contrabarrera en el Puigmal, que cierra la Cerdaña, salen sierras en disposición radial en dirección al Mediterráneo, dejando abiertos los grandes valles y comarcas de la Cataluña francesa: los *Corberas* y el macizo del *Canigó*, entre las cuales quedan, separados por sierras secundarias, el *Fenouillet* y el *Conflent* que se abre hacia el *Rosellón*; las *Alberas*, que dejan entre ellas y el Canigó el *Vallespir*, por el que corre el Tech. Las *Alberas* llegan al mar y, prolongándose después del paso del Perthus, terminan en la *península del Cabo de Creus*, delimitando la Cataluña española.

6. Cataluña³

La forman, en su *parte montañosa del norte*, otras estribaciones pirenaicas que se dirigen hacia el mar en forma radial también, dejando entre ellas comarcas muy cerradas (Cam-

prodón, Ripoll, Berga, Solsona) o que se escalonan en forma más abierta (Olot-Besalú, Vich, Llusanés, Bages), uniéndose con el sistema de las cordilleras marginales (Montseny-Sant Llorens-Montserrat-Queralt-Prades-Llena-Montsant-Balaguer).

De las estribaciones pirenaicas descienden los principales ríos de la vertiente mediterránea de Cataluña: Muga, Fluviá, Ter, Llobregat-Cardoner, así como de las sierras marginales arrancan otros ríos menos importantes (Ordal, Foix, Gayá, Francolí). Quedan entre esas montañas en la zona litoral y su inmediato hinterland las comarcas del *Ampurdán* y de la *costa Brava*, el llano de *Gerona*, las comarcas del *Montseny*, el *Vallés*, la *Maresma*, el *Llano del Llobregat*, el *Panadés*, y el *Campo de Tarragona*, con el *Plá de Cabra*, las comarcas de *Montblanch* y de *Prades*, entre otras de menor importancia, como en la intersección entre las sierras litorales y la unión con las estribaciones pirenaicas, la comarca de *Igualada* y la *Segarra*, transición a los *llanos de Urgel*. En éstos viene a terminar la *cuenca del Segre*, antes de unirse al Ebro, descendiendo de la comarca pirenaica de la *Cerdaña*, abriéndose paso entre la contrabarrera por el desfiladero de Orgaña, en la prolongación del Cadí, hacia el oeste y en su unión con las sierras intermedias interiores del *Pallars* (Boumort), así como entre las estribaciones meridionales del Cadí, al oeste de Solsona y la continuación del Montsech en la sierra de Comiols (Oliana-Basella-Pons).

El Segre recoge las aguas del Noguera Pallaresa y del Noguera Ribagorzana, cuya alta cuenca queda entre el alto Pirineo y la contrabarrera del Montsech, en un reducto (*cuenca de Tremp*), subdividido por sierras intermedias: Boumort, Sant Gervasi, entre las cuales el desfiladero de Collegats da paso al Noguera Pallaresa. El Montsech tiene que ser perforado por este último río en el desfiladero de Els Terradets.

La punta meridional de Cataluña está formada por la última etapa del curso del Ebro y por la prolongación, al sur de él,

de las sierras litorales que van a unirse con las valencianas, formando en la desembocadura la *comarca de Tortosa* y en la zona montañosa la de *Gandesa*, unida a través del río Algars con el bajo Aragón.

7. *Regiones peninsulares geográfico-políticas*

De esa configuración geográfica y de la situación en ella de los pueblos formados en la península y matizados por las invasiones, aproximados o alejados por la más o menos fácil relación y por las vicisitudes históricas, condicionadas por la estructura del suelo, han resultado las grandes regiones actuales geográfico-políticas. En las *zonas marginales: Galicia y Portugal*, en el apéndice atlántico de la meseta; *Andalucía*, en la fosa del Guadalquivir y montes circundantes; *Murcia*, en la salida sudoriental de la meseta, a la vez que en el descenso oriental de los montes andaluces; *Valencia*, en la zona costera de Levante; *Cataluña*, en su prolongación septentrional y en la unión con el Pirineo; *Aragón*, en la unión del compartimiento central del Ebro con sus zonas limítrofes en el Pirineo y en los montes ibéricos; *Navarra* y el *país vasco*, en la unión del Pirineo y el alto Ebro; la *Montaña*, origen de Castilla, en la intersección del Pirineo, el nacimiento del Ebro y el arranque de las sierras del sistema ibérico; *Asturias*, en el extremo de las sierras cántabro-pirenaicas.

En la *meseta superior: León y Castilla*, que recoge, esta última, la salida de la montaña de que se originó y que desborda al otro lado de los montes del sistema ibérico, por la Rioja, comarca fluctuante en la historia entre Castilla y Navarra, hasta su unión definitiva a la primera. En la *meseta inferior*, en dirección a la Mancha: *Castilla la Nueva*, cerrada por las sierras que separan la meseta de los escalones occidentales por donde bajan el Tajo y el Guadiana, en donde se extiende la *Extrema-*

dura española, abierta hacia Portugal y delimitada al norte por los macizos Gata-Gredos y por el sur por Sierra Morena.

8. *Ambiente geográfico y económico*

A esta complejidad topográfica corresponden diferencias radicales de clima y de vegetación, de posibilidades de vida y de cultivos. El contraste es inmenso entre los paisajes alpinos del Pirineo y de la zona húmeda del norte, con sus prados, con su vegetación de robles, hayas, castaños y manzanos y su clima templado atlántico (excepto en el alto Pirineo) y el clima casi continental en invierno y caluroso en verano, con poca lluvia y ríos de poco caudal o secos, con avenidas torrenciales de la meseta y de la mayor parte de la cuenca del Ebro. Estas regiones interiores abundan en zonas esteparias, desprovistas de vegetación, reducidas a las vegas de los ríos (chopos, sauces), al monte bajo (carrascas, retamas, jaras) o a los excepcionales bosques de pinos y abetos, con sus inmensos trigales en la tierra fértil de las llanuras. Igualmente grande es el contraste de la meseta y de la zona mediterránea andaluza o portuguesa, con sus climas más suaves y dulces, sobre todo en las costas oriental y andaluza, llenas de huertos y viñedos y de bosques de pinos, en algunos lugares con vegetación africana de pitas y chumberas y aun de palmas, aunque no falten en las zonas interiores el calor y la nieve en las altas cumbres. La zona húmeda apenas si se extiende a una tercera parte de la península.

Los mismos contrastes ofrece la manera de vivir en relación con el suelo. Ganado vacuno en Galicia y en el norte, con abundancia de leche, grandes zonas de pastoreo con ganado lanar en las mesetas, con trashumancia de los rebaños, antes con caza abundante, modernamente limitada. Caballos, mulos, asnos, cerdos, conejos, gallinas, etc. Producción de miel. Gran producción de cereales en la zona central, viñas en Andalucía,

en la Mancha y en el este, así como en el Ebro, con vinos de muy distintos tipos. Olivos en Andalucía, en el sur de la Mancha, en la zona levantina y en el bajo Aragón. Árboles frutales, huertas y cultivos de regadío en determinadas regiones, acrecentados en la historia por los sistemas artificiales de riego y canales. El cultivo del arroz en los terrenos pantanosos, el almendro, la avellana, el algarrobo y la naranja en las zonas costeras, sobre todo del este. En las zonas montañosas pobres de Andalucía, de Levante y de Cataluña, cultivos logrados a fuerza de trabajo. Además, una gran riqueza minera que ha atraído la codicia extranjera desde muy antiguo: cobre, plata, plomo, estaño, zinc, oro, hierro, sal, mercurio, carbón, con las zonas mineras metalúrgicas principales en la zona cántabro-pirenaica y en sus prolongaciones por Galicia y el norte de Portugal, en las vertientes y proximidades del Moncayo o del sistema ibérico, en Sierra Morena y en su prolongación portuguesa, así como en las sierras costeras del sureste.

España es ciertamente un país rico y de inagotables posibilidades, pero tal riqueza no es uniforme y varía en gran escala según las regiones y las etapas de su civilización y del desarrollo de su economía, que permiten poner en valor determinados elementos o determinadas comarcas. Según el geólogo Mallada, los terrenos de España se clasifican en un 10% de rocas desnudas, un 35% de terrenos poco productivos por excesiva altitud, sequedad o mala composición, 45% medianamente productivos y sólo 10% de terrenos de agricultura privilegiada. En general, hay que atribuir una mayor posibilidad de riqueza a las zonas del sur, especialmente a Andalucía y al Levante, y así vemos que los famosos “Laudes Hispaniae” de los romanos se concretan a ellas y que las descripciones antiguas insisten en el clima inhospitalario, en la pobreza de la vida y en la menor densidad de población de la meseta y de las regiones del noroeste. De aquí que deban considerarse como el centro de gravedad

natural de España el este y el sur, centro desplazado, a veces por las vicisitudes históricas, hacia otros lugares, por efecto de sucesos militares o políticos, así como por el desarrollo industrial y por las corrientes mundiales del comercio.

9. *Comunicaciones*

Las comunicaciones en la península no son fáciles.

En el macizo pirenaico, en su parte extrema, el Perthus, que permite atravesar las Alberas y que es el puerto más accesible, excepcionalmente, no tiene más de 290 metros de altitud; pero ya el puerto de Ares, entre Prats de Molló y Camprodón, tiene 1,610. En el Pirineo propiamente dicho, el Col de la Perche, entre el valle del Tet y la Cerdaña, tiene 1,566; el Col de Puymorens, que comunica el valle del Ariège con el del Carol y de allí a Puigcerdá, 1,931; la comunicación del Ariège con Andorra por el puerto d'Envalira, 2,410; del valle de Arán al Noguerra Pallaresa y Sort, el puerto de la Bonaigua tiene 2,072 metros; el Somport, en el camino de Pau-Oloron a Canfranc-Jaca, 1,640; el de Roncesvalles o Ibañeta, en el camino de Bayona-Saint Jean de Pie de Port-Valcarlos a Roncesvalles-Burguete-Pamplona, 1,507; el otro camino de Bayona a Pamplona por Cambó-Espelette y el valle del Baztán tiene que salvar el puerto de Otsondo (602 m.), y después de Maya y Elizondo, el puerto de Velate (868 m.), bajando por Arraiz y Ostiz a Pamplona. Al oeste de estos caminos, se extiende el laberinto de los valles vascos y, desde ellos, las vías de penetración hacia el sur son difíciles: San Sebastián-Tolosa-Pamplona, a través de la sierra del Aralar por el paso de Lecumberri, o bien San Sebastián-Tolosa-Beasain, por el puerto de Echegarate (751 m.) a Alsásua y de allí a Pamplona o Vitoria-Miranda.

Igualmente difíciles son los demás caminos que, desde distintos puntos, salvan la continuación del Pirineo, entre éste y

los montes cantábricos: de Tolosa y Vergara, por el puerto de Arlabán, al valle del Zadorra y Vitoria; de Bilbao, por Ochandiano o por Ceánuri a Vitoria; de Bilbao, por el puerto de Orduña, a Osma de Valdegobia, Puentelarrá junto al Ebro y Miranda.

Desde la costa santanderina, por el valle del Pas, el camino se bifurca en Entrambas Mestas y un ramal va, por el puerto de las Escadas a Espinosa de los Monteros y a la región de Villarcayo, mientras el ramal ordinario, por el puerto del Escudo (1,000 m.), lleva a la misma región: desde ésta, un camino va por Medina del Pomar y el valle del Nela, al Ebro (Puentelarrá), juntándose con otros caminos que parten de Bilbao, por Valmaseda, o de la Montaña, por ramales. Desde la región de Villarcayo, por el Ebro y el Oca, una derivación lleva a la Bureba. Después del puerto del Escudo, otro camino lleva por la región de Sedano, directamente a Burgos. El camino directo Santander-Palencia-Valladolid sube, por el valle del Besaya y por las Hoces a la Bárcena y a Reinosa, o sea a la región del nacimiento del Ebro y, en Aguilar de Campóo, desciende al valle del Pisuerga.

De Asturias y León a la Tierra de Campos, los caminos son todavía más difíciles: el principal, por Pola de Lena, el puerto de Pajares (1,364 m.), obstruído por la nieve en invierno y siguiendo, por La Robla, a León; otros aún peores por Cangas de Onís y el puerto de la Ventaniella a Riaño-Cistierna-Almanza-Sahagún, o bien, por Tineo-Cangas de Tineo y el puerto de Leitariegos (1,800 m.) a León o al Bierzo.

La comunicación de Asturias con Galicia tampoco es demasiado fácil: de Oviedo, por la región costera, a Castropol-Ribadeo, o bien, por Tineo, a Fonsagrada y Lugo.

Los caminos entre León y la meseta superior a Galicia o al norte de Portugal son igualmente complicados y más fáciles desde el interior hacia la costa que al revés. El principal a Ga-

licia pasa por Astorga y, de allí, al Bierzo (Ponferrada, Villafranca del Bierzo), para salvar el puerto de Piedrafita (1,109 m.) y, de allí a Lugo y a La Coruña o Santiago, o bien, por el Sil a Orense. Otro camino, desde Benavente, por la Puebla de Sanabria, el Bollo y Verín, a Chaves en Portugal o a Ginzo de Limia y Orense, tiene que atravesar puertos (de Canda y de Padernelo) cerrados por las nieves de diciembre a marzo. Desde Zamora a Portugal no hay tampoco comunicación fácil, ni entre Zamora-Alcañices-Braganza, ni por el valle del Duero, obligado a formar un recodo por las cimas de Mogadouro. La única salida fácil es por Salamanca a Ciudad Rodrigo y al alto Coa y, desde allí, al Duero por Lamego, a la región de Vizeu y a Aveiro o Coimbra, o bien, bordeando por el este la sierra da Estrella, a Castello Branco y al Tajo.

La verdadera salida de la meseta norte es el camino de Salamanca a Extremadura por Béjar, el puerto de Béjar (980 m.) y, de allí, a Plasencia y Cáceres, siguiendo a Mérida sobre el Guadiana, a donde convergen los caminos que, de Madrid, siguen al Tajo por Talavera de la Reina y, hacia el sur, por Trujillo y el puerto de Santa Cruz (570 m.) en la sierra de Guadalupe, a Mérida; o bien, desde Toledo, por el puerto de San Vicente en los montes de Toledo, a Guadalupe, Logrosán, Miajadas y Mérida.

Desde Extremadura, hay caminos fáciles a Portugal: Cáceres-Valencia de Alcántara-Portalegre-Estremoz-Evora o Cáceres y Mérida a Badajoz-Elvas-Evora. Otros igualmente fáciles llevan a Andalucía: Almendralejo-Fuente de Cantos, pasando la Sierra Morena después de Monasterio por el puerto de los Morismas (755 m.) a Santa Olalla y Sevilla. Otras entradas a Andalucía son más accidentadas, aunque la Sierra Morena, en general, no ofrece un obstáculo como el de otras cordilleras españolas: de Mérida o Badajoz por Fregenal de la Sierra y, pasada ésta por Aracena, a Sevilla; o bien, por Zalamea la

Real, a Huelva; de Mérida a Córdoba, por los Pedroches y el valle del Guadiato, a donde convergen los caminos que unen Extremadura con la Mancha, por Ciudad Real, Almadén y Cabeza del Buey, con sus cuencas mineras.

La salida de la meseta superior, excepto por el camino aludido de Extremadura, debe hacerse salvando los puertos a gran altura del sistema del Guadarrama-Gredos. Desde el alto valle del Duero (Soria Almazán), por los altos de Barahona y Atienza, van caminos relativamente fáciles a Sigüenza y a Jadraque y, de allí, siguiendo el Henares, a Guadalajara y Alcalá; pero los demás tienen que salvar los puertos del Guadarrama: Burgos-Aranda de Duero-Madrid, por la Somosierra (1,444 m.); Valladolid-Segovia-Madrid por el puerto de Navacerrada (1,843 m.), a veces impracticable en invierno; o por el puerto del León o del Guadarrama (1,794 m.), por donde pasa el camino de La Coruña que viene por Astorga, Benavente, Medina del Campo, Villacastín, puerto del León. Otra comunicación desde Avila, a través de la sierra de Gredos, por Ceberos, San Martín de Valdeiglesias y Brunete, es más complicada y pasa la sierra por el puerto de Navalgrande (1,144 m.), lo mismo que el camino de Avila por Piedrahita a Arenas de San Pedro y Talavera, que salva la sierra de Gredos por el puerto del Pico a 1,352 m.

Las salidas de la meseta inferior, aparte de la de Extremadura por el Tajo y Talavera y la más difícil por Ciudad Real y Almadén, son relativamente fáciles. La de Andalucía, después de atravesar la inmensa llanura y salvar el desfiladero de Despeñaperros (854 m.), por las Navas de Tolosa y Bailén, toma el camino del Guadalquivir. El del sudeste por Ocaña y Albacete, sin grandes obstáculos, se bifurca luego, en este último lugar, hacia Murcia y Cartagena, salvando las sierras que separan la Mancha de la vega de Murcia (puerto del Purgatorio: 791 m., puerto de Tobarra, 831 m., Hellín y puerto de la Mala

Mujer, 272 m.) y por Archena sale a Murcia. Desde la bifurcación en Albacete, otro camino va a Alicante por Almansa y Villena, volviendo a bifurcarse en Almansa el camino que sigue a Valencia, bordeando por el sur las sierras que forman la divisoria de la cuenca del bajo Júcar (El Mugerón, sierra de Enguera). Otro camino de Madrid a Valencia atraviesa la terraza del alto Júcar y sus afluentes (Tarancón-Valverde-Motilla del Palancar) y, después de salvar con dificultad el valle del Gabriel, sigue por Utiel y Requena, descendiendo rápidamente a Valencia por Buñol y Chiva.

La comunicación de la cuenca del Ebro con la meseta es sumamente difícil a través del sistema ibérico. Al sur de la contrabarrera pirenaica, el camino de Logroño a Burgos por Nájera y Santo Domingo de la Calzada —un trayecto del antiguo camino de las peregrinaciones a Santiago en la Edad Media— es, en realidad, un camino de montaña, como el de Calahorra a Soria por el puerto de Oncala (1,053 m.) Mejor es el de Tudela-Tarazona-Agreda-Soria por las vertientes norte del Moncayo. El camino del Jalón es difícil en los desfiladeros entre las sierras de la Virgen y Vicor, antes de Calatayud; este camino, entre Zaragoza y la Almunia, tiene que subir rápidamente grandes pendientes y salva el puerto del Frasnó (779 m.) y, luego, sigue por el valle del Jalón hasta que, después de Medinaceli, pasa la sierra Ministra y empieza el descenso hacia Guadalajara en Alcolea del Pinar. Allí este camino se une con el que, desde Tarragona, por Mora-Gandesa-Alcañiz-Montalbán, a través del bajo Aragón y de los pasos entre las sierras de San Justo y de Cucalón, sale al valle del Jiloca, que atraviesa por Monreal, y, por las altiplanicies de Molina, busca Alcolea del Pinar. El valle del Jiloca, desde Calatayud, forma el camino, por Daroca, entre los dos grandes macizos del sistema ibérico meridional y pasa fácilmente a Teruel, desde donde, salvado el paso entre la sierra de Javalambre y Peña Golosa, desciende el Mijares hasta Caste-

llón y el Palancia a Sagunto y, desde este último punto, a Valencia, por la costa. Desde Teruel, excepto el camino fácil a Albarracín, siguiendo el valle del Guadalaviar, los caminos a Cuenca por Cañete o a la alta provincia de Teruel son difíciles y salvan montañas abruptas.

Los mismos caminos de la costa mediterránea no son tampoco fáciles. El del Perthus a Tarragona, una vez pasada la llanura del Ampurdán, está obstaculizado por numerosas montañas, estribaciones de las sierras costeras que, a menudo, lleguen al mar, lo mismo que el trayecto de Tarragona a Valencia. En Tarragona principia el camino natural a Zaragoza por Valls, el Coll de l'Illa (483 m.), Montblanch, Las Borjas, Lérida, desde donde baja a Fraga y, después de salvar difícilmente la falla del Cinca, por los desiertos de Candanos y Bujaraloz, llega a Zaragoza. Los caminos entre las dos orillas del Ebro no son tampoco muy buenos, lo mismo que los que atraviesan las sierras de Prades o el Maestrazgo.

La comunicación entre Valencia y Alicante, por los valles de Albaida y Alcoy, tiene que salvar puertos como el de Albaida (629 m.), y el camino que bordea la costa sólo modernamente ha sido posible, por llegar las sierras que terminan en el Montgó a menudo hasta el mar, cortadas a pico.

Del sudeste de España a Andalucía, excepto el camino de la costa de Murcia a Almería, relativamente fácil, los demás ofrecen numerosos obstáculos. El de Albacete por Alcaraz a Ubeda y Linares o a Jaén; de Murcia, por Caravaca, Huéscar, Baza, Guadix, a Granada; de Murcia, por Lorca, Vélez Rubio y Baza, o por Lorca, Huércal, Purchena, Baza, a Guadix y Granada. Lo mismo sucede con la comunicación a lo largo de la costa andaluza o con ésta y el interior, que tiene que salvar los pasos de Sierra Nevada o de su continuación Almería-Guadix-Granada; Motril-Granada, Vélez Málaga-Alhama-Granada, Má-

laga-Loja, Málaga-Antequera-Lucena, etc., caminos que tienen que subir a 1,000 m. para luego volver a descender.

En realidad, los únicos caminos fáciles, en Andalucía, son los del Guadalquivir o su derivación a Huelva o a Cádiz. El mismo camino de Granada al Guadalquivir, por el valle del Genil, después de la vega de Granada, es cerrado por las montañas.

Estos caminos vienen indicados por la geografía, que los impone a los hombres en todas las épocas. Por ellos han pasado todas las invasiones y todas las comunicaciones, que han derivado a uno o a otro lado, según de donde procedía el impulso, llegando repetidas veces a las mismas fronteras, en donde han sido detenidas por los mismos obstáculos o encontrando parecidas facilidades para seguir adelante. En las invasiones, las batallas decisivas se dan en los mismos sitios, probablemente ya en las épocas prehistóricas, en las invasiones célticas, en las guerras cartaginesas y romanas, en el tiempo de los dominios germánicos, en las luchas con los musulmanes, en las rebeliones interiores, en la conquista de Navarra por Fernando el Católico, en las invasiones francesas del siglo xvii, en las guerras de Portugal y Cataluña, en la guerra de Sucesión, en la napoleónica, en las guerras civiles del siglo xix y aún en la reciente. Por los mismos caminos naturales se verifican las relaciones pacíficas y ellos condicionan no poco el desplazamiento del centro de gravedad peninsular en una u otra dirección o de unos territorios a otros, una vez producido un florecimiento o una influencia y normalizado un estado de cosas.

Cuando la técnica humana, en momentos de civilización adelantada, ha intervenido en la construcción de caminos o ha tratado de salvar los obstáculos naturales, ha llegado siempre a las mismas soluciones. La red de las vías romanas está casi prefigurada por la naturaleza y siguió en uso hasta Carlos III, que

no hizo sino repararla y completarla y lo mismo se puede decir de las carreteras modernas que apenas si la rectifican.

10. *Aluviones étnicos y caminos de invasión. Posibilidades de normalidad*

La posición de España ha determinado también la llegada de aluviones étnicos forasteros más o menos considerables y que han transformado en mayor o menor escala el carácter de su población, así como los caminos de estas invasiones son en general obligados y seguidos repetidamente. La variedad interior y el aislamiento geográfico de España y de sus comarcas determina también a la larga la fusión de los invasores con la población indígena por una parte y, por otra, la dificultad del mantenimiento de un dominio forastero por largo tiempo.

Los dos orígenes principales de las invasiones son Europa, a través de los pasos del Pirineo (el Perthus en el este y en el oeste los de Elizondo y Roncesvalles) y Africa, a través del estrecho de Gibraltar, excepcionalmente desde la costa argelina al sureste de España. La invasión por otros lugares de las costas es difícil y se reduce a piraterías pasajeras (normandos, árabes, turcos, marroquíes) o a colonizaciones limitadas y pacíficas (fenicios, griegos), o bien debe contar con bases o apoyos en España (los romanos, los bizantinos, los árabes). Desde el occidente, sólo el sur de Portugal ofrece una base de penetración, como, para los movimientos procedentes de Africa, la de la costa andaluza desde Tarifa hacia el norte, bordeando aquella costa y siguiendo hacia Sevilla y el valle del Guadalquivir. Desde aquí ha sido posible el dominio de grandes territorios españoles, como, una vez las invasiones han conseguido penetrar en la alta meseta castellana, han podido desparramarse en distintas direcciones. Pero más difícil ha sido hacerlo en las invasiones por el Pirineo oriental, limitándose entonces, en general, a infiltracio-

nes en el laberinto catalán y no pasando generalmente de los territorios del Ebro. De encontrar resistencia, el progreso de la invasión no es fácil. Las invasiones célticas fueron múltiples y repetidas en un espacio de varios siglos y se detuvieron en las barreras de la meseta, infiltrándose apenas en Andalucía y en la costa del sur y del este. Los romanos, habiendo contado con bases y un apoyo inicial indígena, redujeron prácticamente, durante dos siglos, su territorio a las zonas costeras del este y del sur, al Ebro y Andalucía. Los pueblos germánicos, como los árabes, vieron su tarea facilitada por la debilidad o la descomposición interior.

La geografía hace también difícil la consolidación de un dominio sobre toda la península. Quedan siempre zonas montañosas de arrinconamiento difíciles de reducir o posibilidades de fraccionamiento. En relación con ello la geografía explica también los desplazamientos de centros de gravedad política del país. Así, por ejemplo, la resistencia cántabra o vasca contra romanos y visigodos, el mantenimiento de los Estados cristianos del norte, frente al poder califal, las dificultades de la reconquista pirenaica, el avance rápido en la meseta o en el Ebro, el predominio castellano una vez dominada la meseta, la persistencia del núcleo de resistencia árabe en Granada, el mantenimiento de núcleos rebeldes en las zonas montañosas.

A la vez la geografía explica el desplazamiento normal de la población de la montaña a la llanura y la prosperidad de los núcleos establecidos en ésta, el mayor incremento de la población en la meseta norte que en la meridional, la formación de los grandes núcleos urbanos en determinados lugares, la abundancia y dispersión de aldeas, de granjas y casas de labor y de grupos de pastores en otros territorios.

E igualmente la geografía explica las dificultades que se han opuesto siempre a la unidad peninsular, nunca perfecta. La tendencia a ella, cuando no ha sido por imposición, surge

acaso del aislamiento respecto de Europa, de la mezcla y relación en el interior, de los límites imprecisos de algunas de sus regiones, de la necesidad de expansión de los grupos encerrados en comarcas pobres, que a la larga atenúan los contrastes, hacen resaltar la equivalencia de las mezclas raciales, a pesar de sus distintos matices, crean una solidaridad de defensa o unos vínculos económicos y una cultura común. Todo ello hace de la Península ibérica una diversidad abigarrada, imposibilita la uniformidad y crea una posibilidad de unidad, dificultada por múltiples factores.⁴

NOTAS

1 Sobre la complejidad de los factores que intervienen en el proceso histórico español y un ensayo de discriminar la evolución indígena de las intervenciones de las superestructuras: Bosch-Gimpera, *España* (“Anales de la Universidad de Valencia”, 1937); Id. *Para la comprensión de España* (“Cuadernos Americanos”, II, Núm. 1, México, 1943, pp. 153 y ss.); Id., *España, un mundo en formación* (“Mundo Libre”, Núms. 19-20 y 21, México, 1943). Ver también: S. de Madariaga, *España* (3ª edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942), pp. 25 y ss. y Waldo Frank, *España virgen* (2ª edición, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1941).

2 La mejor visión sintética de la geografía de España y de su relación con los fenómenos históricos en L. Martín Echeverría, *España. El país y los habitantes* (México, Atlante, 1940). Ver también A. Jiménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón* (Barcelona, Labor, 1930).

3 P. Vila, *La fesomía geográfica de Catalunya* (Barcelona, 1937) y *La división territorial de Catalunya* (Barcelona, 1937, publicación de la Generalidad de Cataluña), redactado en su mayor parte por el propio profesor P. Vila.

4 Sobre la unidad peninsular y sus dificultades, ver los estudios citados en la nota primera y las páginas 22 y siguientes del de Madariaga.